

EL RECEPTOR DEL MENSAJE GRAFICO

Por MANUEL BAQUERO BRIZ
Catedrático de la E.T.S.A.
de Barcelona

La visión, según Kepes, comparte, con el habla, la distinción de ser el más importante de los medios que nos sirven para aprehender la realidad. Y cuando el acto de ver se efectúa ante un dibujo, el cual forma parte de un mensaje gráfico como medio de comunicación visual, implica el contemplar un emisor, como ente que lo verifica y un receptor como ente que lo lee y, lo que es más importante, que lo interpreta.

El receptor del mensaje gráfico debe usar frente al dibujo la competencia visual que posee, una competencia que sólo en pequeña proporción es, salvo casos excepcionales, específica para el dibujo. El emisor debe admitir que la capacidad visual del receptor ha de ser su medio. Cualesquiera que sean sus propias habilidades gráficas profesionales, él mismo es un miembro de la sociedad para la cual trabaja, en la que además comparte sus experiencias y hábitos visuales.

Es indudable que la posible indolencia emocional del receptor será vencida más por los mensajes visuales que por las palabras oídas, por lo que al hacer un dibujo se debería tener muy presente la competencia visual con que está claramente equipada la audiencia receptiva, para que el contenido cultural del mensaje gráfico llegue a ésta tal y como el emisor lo requiere, pero manteniendo siempre los mínimos principios éticos que impidan parcial o totalmente ver en el mensaje cosas que en realidad no son.

Estas competencias visuales tienen en su base unas reglas, terminologías y categorías que difieren en su conocimiento y no debieran diferir, entre emisor y receptor. Desgraciadamente la respuesta a lo que representa un dibujo, entendido como un hecho cultural, no siempre coincide con la idea del emisor del mismo. Y aquí está el reto. El hacer que estas competencias sean particularmente susceptibles de ser transmitidas para que la percepción del dibujo lleve inherente una comprensión íntegra del contenido de lo representado. La primera y gran dificultad a tener en cuenta como emisores es la de que comprender un dibujo depende inicialmente en reconocer una convención representativa cual es que mediante líneas, manchas, etc... plasmadas sobre una superficie de dos dimensiones, se están expresando perceptivamente tres.

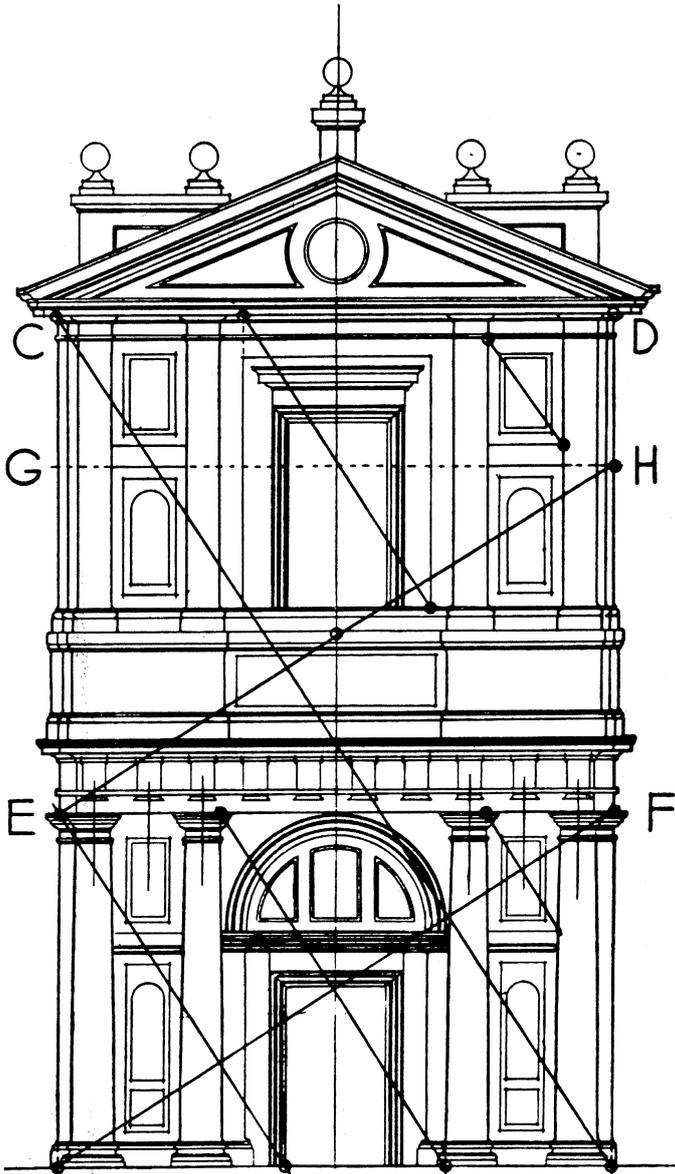
Emisor y receptor han de entrar y participar en el juego que tan acertadamente describe Grombrich al señalar que **«a las líneas hay que introducirles vida para que representen cosas que en realidad no son»**. Esta competencia visual hace que mediante el coherente uso de sistemas, procedimientos y técnicas, nos acerquen a expresar lo que es o puede llegar a ser el objeto representado al natural, aunque a sabiendas que al ser

nuestra visión estereoscópica tanto emisor como receptor nunca quedarán totalmente «engañados» por el dibujo hasta el grado de suponerlo totalmente real.

El mayor o menor acercamiento a esta realidad dependerá por una parte de muchos factores concernientes al emisor; la habilidad con que haga uso de los recursos gráficos para despertar en el receptor las emociones del sentido de la vista, por ejemplo. O el valor de los colores, tanto atendiendo a convencionalismos expuestos en el Renacimiento como en más contemporáneos de Van Gogh o Kandinsky, e incluso finalmente, saber explotar la especial cualidad de inmediatez y vigor del sentido de la vista que, en su interés perceptivo, enfatiza el receptor cuando contempla un dibujo aunque sin caer para ello en el recurso a la paradoja o la ambigüedad efectista.

Y por otra de la disposición cultural del receptor: por ejemplo, la información previa sobre el tema (no olvidemos la masa de información y presunciones surgidas de la experiencia con que nos acercamos a contemplar un mensaje gráfico en general y un dibujo en particular), o la correcta lectura de la estructura de la forma basada en un profundo conocimiento de la geometría, o la forma de la propia forma entendida como tal mediante la iluminación y las sombras si se tiene a su vez muy claro la procedencia de la luz, o incluso como diría Kepes la organización de nuestros hábitos visuales de modo que no percibamos ya «cosas» aisladas en el «espacio» sino la estructura, el orden y la conexión de los acontecimientos en el espacio-tiempo, etc., etc.

Con todo lo expuesto, vemos que hay cualidades que deben ser, y son, comunes al emisor y al receptor, al que escribe y al que lee, cultura perceptiva, inmediatez gráfica, etc., son



términos que ambos deben, en mayor o menor escala, dominar si se quiere que la comunicación establecida a través de un mensaje gráfico sea completa.

Se ha debatido hasta la saciedad, ya desde el siglo XIV e incluso antes, si un objeto debe representarse mediante líneas, o como caso opuesto en forma tonal; si mediante pincel (di pintore) o mediante lápiz (stille); si es preferible mediante tonos la representación de las superficies (el relieve) o como decía Cristóforo Landino, crítico de arte del Renacimiento, «**dibujando líneas que definen formas y su posición en el espacio por medio del registro preciso de los bordes**», pero partiendo de la base de que el sentido de la vista es el órgano principal de la experiencia y esas capacidades a que al principio hemos hecho referencia se convierten en una parte del medio tanto del emisor como del receptor del mensaje gráfico, llegamos a la conclusión de que el dominio de la expresión gráfica afecta a toda la sociedad, aunque como es lógico, a cada miembro en su justa medida.

Lo que ofrece un dibujo es una comprensión de lo que esto debería ser un producto determinado, en nuestro caso un hecho arquitectónico o urbanístico, y tales comprensiones requieren por ambas partes un cierto nivel sensible, cultural e intelectual, necesarios para alimentar una imaginación creadora del dualismo imagen-dibujada / imagen-real sin cuyo requisito difícilmente se establecerá la necesaria y eficiente comunicación.

Un dibujo es una ventana a una posible realidad y hay que saber leerlo. Es un documento gráfico.

(Comunicación presentada en las «I Jornadas de Expresión Arquitectónica», La Coruña, febrero 1984).